

Homilía de **FÉLIX ÁLVAREZ, C. M.** en la Misa-funeral
(Boletín Informativo de la Provincia de Madrid, Octubre-Diciembre 2002, Nº 265)

Queridos Misioneros, queridas Hermanas, queridos familiares y amigos del P. Domingo García, queridos todos en el Señor. El sábado pasado, poco después de las nueve y media de la noche, en una habitación de la Clínica “La Milagrosa” culminaba su peregrinación por este mundo el P. Domingo García. La visita del Señor no le pilló de sorpresa. Tengo la convicción gozosa de que le encontró en vela, con los sentidos interiores bien despiertos, esperando el momento definitivo de la plena revelación del misterio de la vida, después de experimentar el paso doloroso de la muerte.

El evangelio que hemos proclamado para esta celebración litúrgica es profecía de la propia existencia, vivida desde la fe, la esperanza y la caridad, porque es el anuncio de la unión misteriosa pero real en la vida de Cristo, participación en su muerte y en su resurrección, plenamente actualizada en el sacrificio de la Eucaristía. En efecto, este es el acontecimiento más importante que nos reúne en estos momentos en torno a este altar, lugar de encuentro desde la fe con el Señor resucitado y con los hermanos que viven animados por la misma y única esperanza. Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y, desecha nuestra morada terrenal adquirimos una mansión eterna en el cielo.

Este hombre andariego, entusiasta, bondadoso y amable, admirador de la belleza y amante de la sabiduría, que fue el P. Domingo, había cumplido los 87 años el pasado 8 de mayo. San Quirce de Pisuerga fue su pueblo natal. Desde su ingreso en el Seminario Interno de la Congregación de la Misión, hasta prácticamente su muerte, toda su vida ha estado consagrada al estudio, a la docencia y a la formación, desempeñando grandes responsabilidades en la Provincia, como Superior del Estudiantado de Hortaleza, dos veces, y Visitador de la Provincia de Madrid del año 1962 al 1968.

Para realizar con competencia ese difícil trabajo se licencia en Filosofía y en Ciencias Sociales en la Universidad de Santo Tomás, de Roma. Fue profesor de filosofía durante muchos años, Director del Seminario Interno y del Estudiantado. En una palabra, un hombre de sólida formación humana y cristiana; un sacerdote ejemplar; un Paúl fervoroso, amante de la Congregación y de su espíritu, amante de la Iglesia, y con una devoción entrañable a la Santísima Virgen, como leemos en la dedicatoria que él mismo escribe en su libro “El evangelio vivido por María”.

De entre los muchos títulos que honrarán para siempre su memoria destacan, sobre todo, dos: el profesor y el formador de misioneros. Cada uno de estos títulos tiene su perfil propio y sus signos inequívocos de identidad, máxime si tenemos en cuenta que fue el trabajo principal de toda su vida. La claridad de sus exposiciones y el método utilizado garantizaban la atención del alumno y el interés por el estudio. Su

curiosidad científica era proverbial entre nosotros y nos contagiaba fácilmente su admiración por los avances tecnológicos tan profundos y los cambios sociales que experimentaba nuestra sociedad. Fue también formador incansable de muchos misioneros. De todos ellos habrá recibido el recuerdo agradecido, en forma de oración, superados ya los límites más remotos del espacio y del tiempo que tanto le fascinaban.

En este preciso momento de la celebración, lo que verdaderamente nos pide la liturgia es una meditación atenta y obediente de la palabra del Señor, para vivir su mensaje de resurrección y de gracia. Un momento de silencio interior, una oración compartida para expresar la alabanza al Padre por el don de la vida humana, la vocación sobrenatural y la inmortalidad gloriosa, algo que el P. Domingo, nuestro hermano de comunidad, posee ya definitivamente. “Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo” (Mt 25, 34).

¿Qué otra cosa puede significar el evangelio de hoy: “La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos”? Hablamos del valor de la vida humana, de la eminente dignidad de la persona, de la vocación sobrenatural a la que todos estamos llamados, de la comunión en el misterio trinitario, de la santidad por medio del amor que el Espíritu derrama abundantemente en nuestros corazones.

Mensajes, todos ellos, que atraían poderosamente la atención del P. Domingo, que le entusiasmaban de verdad y a los que consagraba todas sus capacidades, todas sus energías y toda la fuerza de su voluntad. Tareas apasionantes que se traducían inmediatamente en compromisos y proyectos personales de vida.

Hoy, al evocar su memoria en esta Eucaristía, y al intentar ver su vida a la luz radiante de la palabra de Dios y del misterio del Verbo Encarnado, referentes insustituibles para todo creyente, queremos afirmarnos una vez más en el mensaje salvador del evangelio y en el testimonio más importante de Jesús, el Hijo de Dios: “Como el Padre me amó yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado”.

“Al atardecer de la vida me examinarán del amor”, dice una canción muy popular, propia de estas celebraciones. En efecto, la santidad de vida, la unión íntima con Cristo y con los hermanos, como nos recuerda hoy el evangelio, sólo es posible mediante la caridad. Nuestra vocación humana y cristiana encuentra su plenitud en la caridad, en el amor a Dios y a los demás, en el servicio abnegado y humilde a los sencillos y desvalidos, con los que el Señor más se identifica y que acepta como hecho a él mismo lo que hagamos a ellos.

Creo que este es el gran mensaje de esta Eucaristía, mensaje siempre antiguo y siempre nuevo; mensaje que llena de luz y de esperanza nuestra vida porque se apoya en la palabra y el ejemplo del verdadero maestro, Jesucristo, a quien el P. Domingo siguió fielmente como discípulo.

Que el Señor le conceda el gozo y la alegría de los santos. “Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, sí –dice el Espíritu-, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan”, como dice el libro del Apocalipsis. Que nuestro hermano, P. Domingo García, por la misericordia de Dios, descanse en la paz de Cristo.

Saludamos con afecto entrañable a sus hermanos, sobrinos y a todos sus familiares presentes aquí, en esta celebración. Gracias por vuestro acompañamiento y por vuestra oración. Saludamos también con afecto fraternal a las Hijas de la Caridad y a las Siervas de María, que tantos cuidados le habéis proporcionado en los últimos tramos de su enfermedad. Gracias también a todo el personal de la Casa y de la Clínica.

Nuestra palabra final no puede ser otra que una sentida acción de gracias a Dios por el don del P. Domingo García. Gracias sean dadas al Padre, por medio de Jesucristo, en el gozo inefable del Espíritu, por los siglos de los siglos. Amén.